

LA VANGUARDIA

Presidente del Consejo de Administración de T.I.S.A.:

Don Carlos de Godó, Conde de Godó

Editor: Javier de Godó

Consejero de Dirección: Horacio Sáenz Guerrero

Director: Francesc Noy

Director adjunto: Manuel Ibáñez Escofet

Subdirectores: Jaime Arias, Luis Foix, Roger Jiménez, Vladimir de Semir, Josep M. Soria

Secretario general de la Redacción: Josep M. Casasús

Redactores-jefe: Lorenzo Gomis (Coordinación editorial), Carlos Nadal (Internacional), J. R. González Cabezas (España), Miguel Martín y Joaquín Escudero (Cataluña), Domingo García (Deportes), Angeles Masó (Espectáculos), Manuel Lamas (Diseño), Ignacio Grases y Alfonso Soteras (Edición), Miquel Villagrana (Confección)

Economía: Juan M. Hernández Puértolas - Cultura: Josep Ramoneda - Política catalana: Margarita Sáenz-Diez Trias y Oriol Domingo - Religión: Jordi Piquer - Sucesos: E. Martín de Pozuelo

Administrador: Ramón Pascual - Director General: Carlos Fajardo

Director Financiero: Juan Marín - Adjunto a Gerencia: Germán de Beascoechea

Director Comercial: José M. Lladó - Director Técnico: Jaume Francés

Talleres del Pueblo Nuevo: José Romero - Contabilidad y Presupuestos: Josep M. Massó

Publicidad: Angel García Latasa - Personal: Joan Pons - Compras: Juan F. Morillo

Distribución: Pablo Tesón - Secretario de Administración: Esteban Sillué

Jefe de la Secretaría del Editor: Enrique Moreno

Difusión controlada por O.J.D.

ETA y la conexión exterior

EL vil asesinato de un ayudante de Marina, en el País Vasco, coincide con un momento delicado de las relaciones del Gobierno con la Armada. Otro criminal golpe del terrorismo etarra que conduce a pensar, una vez más, que el nacionalismo vasco sólo es una pantalla y un instrumento del que se sirven unas fuerzas ocultas para provocar la alarma y subvertir el orden constitucional, en conexión con esa guerra subterránea que padecen diversos países. La explotación de divergencias basadas en razones de tipo histórico y hasta etnológico, por métodos violentos, no es por desgracia una exclusiva española. Aquí, como en Córcega, como en Irlanda del Norte, por citar los ejemplos más próximos, la subversión encuentra apoyaturas que nada tienen que ver con los movimientos nacionalistas, sino con sistemas expansionistas cuyo objetivo común es, en primer término, la destrucción de la democracia.

El reciente descubrimiento de una trama etarra en Centroamérica, directamente conectada con La Habana y Moscú, ha vuelto a poner en evidencia los objetivos que se proponen los instigadores de tanta violencia, destinada a desestabilizar los regímenes como el español o el costarricense, basados en la implantación y defensa de las libertades esenciales. Y sabido es que en esa internacional del terror coinciden, cohabitan y cooperan ligas revolucionarias sostenidas por países del Este, como otras fuerzas de signo reaccionario, cosa que quedó al descubierto en la lucha antiterrorista en Italia. Por eso mismo sorprende que, cuando el propio presidente del Gobierno, Felipe González, propone en Viena una colaboración más estrecha entre Estados democráticos europeos en la lucha contra el terrorismo, la televisión española tome la iniciativa de entrevistar a un dictador africano, que se ha hecho célebre tanto por su cerrazón antidemocrática, como por el apoyo que da a los grupos terroristas de distintas procedencias, en connivencia con la URSS, llegando incluso a ceder a los etarras sus campos de entrenamiento.

Mientras el Gobierno de Madrid no muestre mayor coherencia en las coordenadas de su política exterior y no denuncie claramente los apoyos exteriores que le consta recibe el terrorismo en España, difícilmente prosperará en las operaciones de erradicación de este cáncer. Acabemos primero con la confusión y habremos adelantado un paso importante para terminar con esta turbia y sucia guerra.

Equilibrio bilingüe

HOY comienza en Madrid la negociación entre el ministro de Educación y el conseller de Enseñanza de la Generalitat en torno al requerimiento del Gobierno central sobre determinados aspectos de un Decreto y Orden de la Generalitat para aplicar en la enseñanza no universitaria la Ley de Normalización Lingüística.

Es ciertamente confortante y apaciguador que, en la larga carrera de recursos que este y el anterior Gobierno interponían ante el Tribunal Constitucional, el requerimiento o previa llamada a la negociación suceda al citado recurso. Si el Gobierno actuara normalmente de este modo, se evitarían no pocas crispaciones innecesarias.

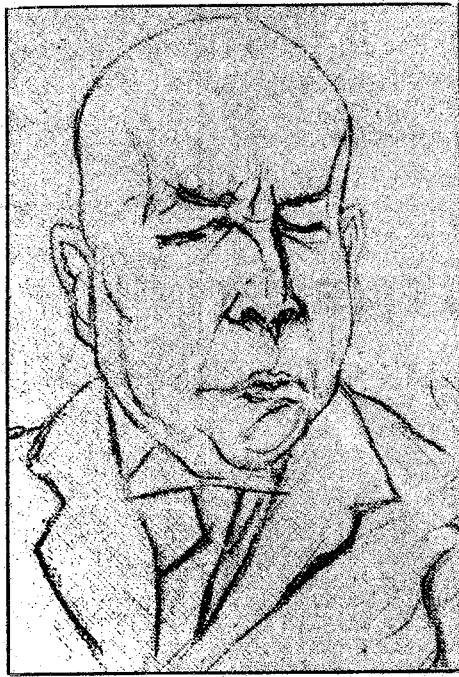
Ocurre, sin embargo, que en el caso de leyes aprobadas por el Parlament, el Gobierno utiliza el recurso puesto que se hace difícilmente tramitable una revisión parlamentaria de lo ya decidido. Incluso en estos casos, el Gobierno tiene muchos medios para, con el diálogo y no la imposición, asegurarse de que la capacidad legislativa de Cataluña no quede mermada por el continuo recurso a la que ya es literariamente llamada tercera cámara o Tribunal Constitucional. No es un medio secundario en este sentido que el principal partido de la oposición en el Parlament sea también el que ocupa el Gobierno en Madrid. Por ello extraña mucho que el Gobierno central presentara recurso contra la Ley de Normalización aprobada por unanimidad por el Parlament y precisamente en dos puntos sobre el equilibrio de las dos lenguas, uno de ellos propuesto y ardorosamente defendido por los socialistas catalanes.

El requerimiento actual no es sino una consecuencia de aquella impugnación. La preocupación del Gobierno es que el desarrollo del catalán no perjudique al de la lengua castellana. La Generalitat, tanto el Ejecutivo como el Parlament, parte de la realidad de que el catalán es en su propia tierra una lengua mucho menos desarrollada que el castellano. Que este hecho despreocupe al Gobierno central podría llegar a entenderse, aunque difícilmente con el texto constitucional en mano. Que genere en cambio una desconfianza sistemática es algo que hay que evitar a toda costa.

¿HAY alguien que todavía se acuerda de ello? Quizá sí. Quizá, incluso, han vuelto a reeditar el libro. *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, fue traducido al castellano por instigación de don José Ortega y Gasset, quien además lo apadrinó con un prólogo. Eso tuvo que ser a finales de los 20 o a principios de los 30. Yo lo leí bastante más tarde, desde luego, y con no pocas penas y fatigas, porque el alegato ni es de fácil deglución ni entonces mis tragaderas eran demasiado anchas. Y la verdad es que, como la mayoría—o todas—las "filosofías de la historia", aquella de Spengler estaba condenada a ser refutada por los acontecimientos que vendrían después. ¿"Decadencia de Occidente"? Pues sí y no, o ni sí ni no. El problema estaba mal planteado, como suelen estarlo los de los "filósofos". Sin ponernos en plan optimista, esa "decadencia" no se ve por ninguna parte. A no ser, claro está, que por "decadencia" hayamos de entender algo así como "cambio", y, a la vez, por "Occidente", una noción geográfico-social—y temporal—muy concreta. De hecho, el "Occidente" spengleriano no pasaba de ser un prejuicio feúto y de clase, y su "decadencia", el augurio de que los vientos iban a soplar desde otro cuadrante.

Puestos a vaticinar, la costumbre de los profetas, "inspirados" o "laicos", tiende al catastrofismo, que es una manera, si no de acertar, por lo menos de curarse en salud. Que se produzca la presunta "catástrofe" nunca es de desdenar. Sobre todo, ahora. Spengler no podía imaginarlo: no podía imaginar ese alucinante lío de bombas y misiles y el arsenal-entero con que se amenazan mutuamente las potencias hegemónicas en los tiempos que corren. Pero ahí está. Y me temo que un personaje como él no sería el primero en calificarlo de "decadencia". Puede que lo contrario. Su obra—por lo que recuerdo—destilaba nacionalismo alemán, y no escasamente bronco: al fin y al cabo, era un claro subproducto académico del revanchismo germánico, tras la derrota del 1918. Y era bastante más. Confesado o no, Spengler fue uno de los precursores de Hitler, y lo que él calificaba de "decadencia"—o de "decadente"—venía a ser lo mismo que los nazis denunciaban como tal: el "racionalismo", la "civilización" y los beneficios que del uno y de la otra estamos, mal que bien, disfrutando. ¿Mal? Probablemente, no tan "bien" como creíamos. Pero siempre será preferible lo de hoy, con todas sus miserias, que "cualquier tiempo pasado..."

Si más no, en "Occidente". Este territorio que habitamos los "occidentales", con los sucesivos "ciclos" culturales que ha acogido, no está nada mal, si bien se mira. Cuando Cicerón o Séneca, por ejemplo, redactaban sus solemnes papeles *De senectute* o cosa por el estilo, el promedio de "esperanza de vida" de que ellos y sus vecinos gozaban era de una treintena de años o poco más, sin contar con la mortandad infantil, y de ello se encargaban epidemias rítmicas, la insalubridad general y el mismo sistema social en que se hallaban metidos. La Edad Media no fue mejor. Ni el Renacimiento. Sólo muy avanzado el siglo XVIII, y gracias a la "civilización", las cosas empezaron a mejorar. Todavía en tiempos de mis abuelos las angustias fueron generales. Hay motivos para creer que el antiguo "patriarcalismo", que alcanzó hasta el XIX, se apoyaba en el hecho de que los ancianos eran pocos, y que para llegar a ser anciano hacía falta ser robusto e ingenioso. Sólo con un punto de vista feroz,



Oswald Spengler

digamos espartano, se nos podría llamar "decadentes". Y no discuto que lo seamos, en cierto modo. Al fin y al cabo, con las guerras—eso que le encantaba a Spengler—, los muertos siempre fueron los chicos jóvenes, reclutas que en la paz habrían dado óptimos rendimientos en el trabajo y en la propagación de la especie.

Las guerras, desde que las hubo, fueron los muchos laboriosos y sermentales, y muchos cayeron en las trincheras. En las retaguardias quedaron los enclenques y los listillos: un mal saldo "biológico". Visto el asunto desde esta perspectiva, cualquier episodio bélico siempre fue "decadente". Y "decadentes" fueron, todos. Puede que no Alejandro el Magno, no lo sé, pero sí Cicerón, Temístocles, Carlomagno, Clemenceau, Hitler, Stalin, Churchill, el tullido Roosevelt, Mussolini, el "negrito" Goebels, y todos los que lleguemos a recordar. Habrá más excepciones que Alejandro. Me temo que todas las que lleguemos a contar serían de individuos que no se arriesgaban en primera línea. Reagan, hoy, como sus antepasados de la Santa Alianza, y el chiíta del Irán, y la enorme gerontocracia conocida, ¿representan certificadamente la "antidecadencia"? Una foto de la Plaza Roja, en el desfile conmemorativo de la Revolución de Octubre, pone piel de gallina: un estrado de vejstorios condecorados y con unos horribles sombreros prerrevolucionarios, contemplan el paso de las tropas asignadas al combate, chavales ingenuos y adoctrinados. Hace un par de años, en Londres, coincidió en la celebración de no sé qué victoria británica, y pude contemplar el dramático residuo de los ex combatientes: reumáticos, cojitrancos, tuertos, un glorioso cotolengo: un pastor con sobrepello recitó una oración y todos entonaron el *God save the Queen*.

Y supongo que en Pequin ocurre otro tanto. Y en todo el mundo. Nunca he creído, y hoy menos que nunca, en la alternativa "oriental". Los misticismos, si están reñidos con la guerra—y no siempre, ¡altó!—, tampoco hacen migas con la higiene, con los antibióticos, con los quirófanos. Ni siquiera con una buena administración de los comestibles que, de vez en cuando y como limosna,

les manda Occidente. Me parece muy bien que la ideología tercermundista sea rabiosamente antioccidental: es lo menos que puede ser. Pero, en particular, el Oriente, con sus budas y sus ghandis, y sus vacas sagradas, y sus feudales, y sus sacerdotes, tampoco arreglan nada. Al contrario. Ni las monjitas misioneras. Nuestro Occidente depravado, lanzado—ya no—al consumismo, al modesto engaño discotequero, a la falacia alimentaria de las hamburguesas y los perros calientes, a un ecologismo pueril, no es aún "decadente". Y no lo es porque, para subsistir, lo necesita todo—todo eso y mucho más, que, por otra parte, constituye la entraña de su industria y de su comercio—. No toda la industria y el comercio básicos: el sector armamentístico, y sus derivados, es el principal. Superior, en cifras—secretas—totales, al de la sanidad o la educación. Muy superior. Infinitamente superior.

Y la realidad evidente no es la decadencia de "Occidente" ni de "Oriente", si en el ámbito de "Oriente" metemos a la Unión Soviética y a la China Popular y a un centenar de estados subalternos salidos de la descolonización y epilépticos en su comportamiento exterior e interior. No hay tal "decadencia". Lo que hay—es una manera rural de decirlo—es una falta de "sentido común". Yo no soy de los tontos que se quejan de los gastos en los artefactos que envían al "espacio". Todo eso, a la corta o a la larga, será útil. Como lo serán los laboratorios costosos, y los tinglados astronómicos, y las computadoras, y hasta, si me apuran, las centrales nucleares. Para sobrevivir, occidentales y orientales, necesitan estos materiales: no importa cuáles, o sí, pero son coches, ascensores, aviones, carreteras, y sanatorios, médicos, medicamentos, y alimentos industriales, por muy toscos que sean, y el control de la natalidad, y la vigilancia de los dementes—¿usted no lo es?—y de los fanáticos—que también lo son—, y las juergas respiratorias... Esto es "decadencia", o lo sería, según Spengler. Y hasta don Ortega con aquello de *La rebelión de las masas*.

Las "masas", que yo sepa, se han rebelado pocas veces, y en el pecado llevaron la penitencia. No: no se rebelan, ni las occidentales ni las orientales. Aquí y allá habrá una "guerra", una "guerrilla" o una "guerrilla". Pero las "masas" tienden a ser resignadas. Ahora, las "masas" no son el "proletariado" como creía Marx (y Marx no era Ortega, y cuando hablaba del "proletariado" no hablaba de "masas"). "Masa" lo somos todos: los señoritos-cuadros, empingorrotados, y los otros, simples "cuellos blancos", y las multitudes del jornal subalterno. Y calcando a Rubén Darío: "¿Quién que es no es masa?". Somos "masas" que, si nos "rebelamos", es tenuemente y para encogernos de hombros. Pero exigimos conservar nuestra retención para cuando venga el caso. Todos estamos "masificados". Las "minorías selectas" de que hablaba Ortega también son "masa", y basta con poner los pies en un recinto universitario para comprobarlo. Y no hay más "decadencias" que las que un preñado como Spengler alcance a suponer. Después de Spengler, y ya olvidado, vino otro místico de la historia, británico. Escribió miles de páginas. No recuerdo ahora su nombre, y no importa. Ha habido más. Los hubo. Hegel, por no ir más lejos. Y la decadencia de Occidente tiene en contra una farmacia. Spengler quiso ignorarla. La farmacia y el pacifismo.

JOAN FUSTER

Cartas de los lectores

La Asociación de la Prensa, TV-3 y el Barça

Señor Director:

Leo con sorpresa el 8-11-83 una referencia a la Asociación de la Prensa en el artículo de opinión titulado "Más sobre la libertad de expresión".

Dice el articulista: "Estos días la Asociación de la Prensa de Barcelona ha considerado que el contrato entre TV-3 y el Barça podía atentar a la libertad de expresión. No digo que sí ni que no. Cabe en lo posible. Pero lo que me parece curioso es que la entidad esté presidida por un directivo de la televisión monopolística estatal, que es la negación fundamental de la libertad de expresión".

La última frase del citado párrafo es, cuando menos inexacta y puede inducir, cuando menos, a confusión a los lectores de ese prestigioso diario, ya que no ha tenido acceso a ninguna referencia del comunicado de la Junta Directiva de la Asociación sobre el asunto que comenta el articulista.

Efectivamente, ante diversas informaciones y distintos comentarios aparecidos en medios informativos barceloneses, la Junta de la Asociación emitió el

La Vanguardia agradece las cartas de sus lectores y tiene también en cuenta las no publicadas. Escogemos con preferencia para su inserción—integrada o condensada, según el espacio disponible y el interés del tema—las cartas breves, de no más de veinticinco líneas a máquina, escritas a doble espacio y por una cara. Todas deben poder aparecer firmadas con nombre y apellidos. No publicaremos cartas con seudónimo o iniciales. Recordamos a nuestros comunicantes que debemos tener constancia de sus señas completas—preferible con teléfono—y que no nos es posible mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas respecto a cartas no publicadas.

pasado día 3 un comunicado en el que expresaba su temor de que la cláusula 17 b) del contrato firmado entre el F.C. Barcelona y TV-3, donde se contempla la rescisión ante determinados supuestos, pudiera configurar un peligro para la libertad de expresión.

La Junta alertaba en dicho comunicado sobre el posible peligro e indicaba que había decidido "encomendar dictámenes jurídicos para clarificar la situación y poder emprender, en su caso, las acciones pertinentes para la defensa de la libertad de expresión". Y añadía, finalmente, que en todo lo relativo a este tema, la Junta aceptaba la renuncia a participar en la toma de decisiones de aquellos de sus miembros vinculados a empresas televisivas, para evidenciar más si cabe, la tradicional independencia de la Directiva.

Por ello, puede inducir a confusión el contenido del artículo antes mencionado. Tanto el presidente de la Asociación, Enric Sopena, responsable de

los informativos de TVE en Cataluña, como el vicepresidente primero, Carlos Sentís, miembro del consejo de administración de TV-3, están incluidos en la citada renuncia. De esta forma, absolutamente todas las facultades y responsabilidades de la presidencia en este asunto, recaen en el vicepresidente segundo abajo firmante. Relacionar el interés de la Directiva por un debatido y confuso contrato con unas u otras vinculaciones profesionales o representativas de algunos de sus miembros por desconocimiento del tema o por otras razones, provoca una distorsión de la realidad, induce al lector a interpretaciones falsas y mancilla el escrupuloso sentido de la rectitud y de la independencia de quienes vienen haciendo gala las sucesivas directivas de esta Asociación en los últimos años.

XAVIER VIDAL-FOLCH
DE BALANZO
Vicepresidente segundo
de la Asociación de la
Prensa de Barcelona

El tercer "stop"

Señor Director:

En "La Vanguardia" del 30/10/83 he leído el artículo titulado "Cuestión de luces", de don César Mora, el cual personalmente ratifico totalmente, y a los hechos me remito:

Resulta que no hace muchos días, yo no me he llevado por delante a un turismo, gracias a ese tercer "stop".

Como sabrán la mayoría de los automovilistas, hay coches que cuando se les encienden las luces de "stop" apenas se les aprecia, y no digo nada cuando llevan las de posición encendidas, dado que estas dos lámparas ("stop" y posición) son la misma, sólo que la de "stop" tiene dos filamentos y al pisar el freno se ilumina un poco más que la anterior.

Yo, como automovilista, sugeriría, además, a los fabricantes, que tales luces las colocaran totalmente individuales, para aumentar el efecto visual y para que no pasen casi inadvertidas.

Ojalá la Dirección General de Tráfico obligara a la colocación de este tercer "stop" en beneficio de todos.

JUAN A. RODRIGUEZ
RODRIGUEZ
(Hospital)et